
REVISTA

DE

ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

SUMARIO

El Periespíritu (conclusión). — Correspondencia científica entre espiritistas (Continuación). — Muerte de Cristo. — Crónica. — Anuncios.

EL PERIESPÍRITU

XI

Vosotros, cristianos, no veáis en *el medium* un descubridor de tesoros ocultos para llenar las arcas susceptibles de orín y de polilla; no veáis un pasatiempo de adivinanzas, ni un hacedor de milagros que no existen; si no habéis perdido la brújula en medio del huracán excéptico del siglo, *buscad y encontraréis, llamad á la puerta y se os abrirá*, viendo el Espíritu de Verdad *derramado sobre toda carne*; el cual, cerniéndose por encima de la ciencia, pero acorde con ella, dice á los niños, á los pobres, á los desheredados, á los estropeados, á los que sufren; á los oprimidos:

«Acercaos, no temáis, yo soy el camino y la vida, mi yugo es suave y ligero, y yo os señalo la manera para que alcancéis un puesto en el banquete de la vida.»

Mas esto nos llevaría á la parte moral, social y filosófica, asunto impropio de estas páginas, que se ocupan del aspecto científico del Espiritismo.

Reanudemos las observaciones.

Cristianos en general, budhistas, mahometanos, palingenésicos, críticos, todos los que admiten la *trascendencia* de Dios y la *oración*, la *revelación* y la manifestación de lo Infinito en lo finito, todos aceptan *su mediumnidad*, como los teósofos, los ricos, los yoguis ú otros.

Sin esto se habrían equivocado Lerroux, san Pablo, san Anselmo, Krause, Tiberghien y cuantos afirman que en Él, por Él y con Él son todas las cosas, y en Él vivimos, morimos y nos movemos.

El que ora al Bienhechor de los mundos y de la vida, evoca, espera, pide, ruega, llama.

El que evoca extiende la emisión fluidica de su pensamiento, irradia hacia lo infinito con la energía magnética de su voluntad y su sentimiento, envía recuerdos, vibraciones y efluvios, que tienen un destino, el de rasgar lo invisible y ponerse en contacto con lo espiritual infinito, *mediante* la cadena de seres y cosas finitas, que somos capaces de sentir, según nuestro desarrollo.

Las vibraciones de la fuerza psíquica transmisible por dinamismo no pueden evadirse de las relaciones inmediatas de los ambientes que ha de cruzar en el orden físico y moral.

XII

La teoría del periespíritu contiene gran parte ó casi toda la ciencia medianímica en su aspecto fenoménico.

El medium es un órgano intermediario de lo espiritual y material: un individuo donde se evidencia *el mediador plástico*:

Intérprete de la colectividad:

Instrumento á su servicio:

Sifón que se asimila la lluvia celeste:

Buzo que explora:

Bomba que exterioriza nuevos motores:

Esponja que se infiltra del ambiente oculto:

Esparcedor de efluvios:

Eslabón de la cadena solidaria:

Revelador de leyes espirituales:

Hombre, en fin, que resiente en cualquier grado las influencias de la vida ultra-terrena.

¿No decís, vosotros, los romanos, que creéis en lo vuestro y no en lo de otros? Pues *el medium* cree en *lo suyo* y sabe mejor que nadie lo que pasa en su conciencia.

¿No decís, los excépticos, que no hay más autoridad que la razón individual, según unos, la inmanencia de Dios en cada uno, ó *la razón colectiva* según otros? Pues *el medium* se ampara en vuestra teoría y os contradecís al rechazarle.

¿No decís, vosotros, los protestantes, que la autoridad de la verdad es el libre-examen propio y la Escritura? Pues *el medium* está de lleno en el capítulo XIV de san Juan y en todos los textos análogos, y en absoluto dentro de la libertad de conciencia.

¿No decís, los armonistas, los reformadores, los científicos que la ciencia es

la labor colectiva, lo útil de todas las manifestaciones personales, la variedad en la unidad? Muy bien! aquí tenéis los mediums en escena. Asociaos á ellos.

Lo mismo diríamos á los políticos, á los revolucionarios, á todo libre-pensador.

Si alguien se atreve á imponernos vejaciones ó á oprimirnos, por el hecho queda fuera de la ciencia, de la critica seria y formal, de la libertad democrática; fuera del papel filosófico y progresista; y es un autócrata disfrazado que pone grillos á la actividad y al derecho, y cortapisas á la ciencia y á la ley natural.

¿Querrá libertad y tolerancia para sí y se las negará á los otros?

XIII

Las oraciones, las revelaciones, el magnetismo, el Espiritismo con todas sus variantes psíquico-físicas, permiten unificar la ley de los fenómenos, reducidos, en su más simple expresión, á la potencia de la voluntad y la razón, obrando sobre lo exterior, por el intermedio del mediador plástico, ó periespíritu, ley forzosa de intermediaciones, cuyas puertas abren extensos horizontes á las ciencias terrestres. Esta es la clave.

Magnetismo psíquico y Espiritismo son una sola ciencia: irradiación psíquica por contacto ó á distancia: influencias mutuas de las almas: ejercicios periespirituales: conjunciones de voluntades y sentimientos: dependencias de fuerzas: afinidades morales y físicas.

El Magnetismo es el Espiritismo de la tierra: el Espiritismo es el Magnetismo universal.

Prosigamos apurando consecuencias, sin salirnos nunca de los hechos históricos.

XIV

El periespíritu, esta sustancia rarificada, que circula por dentro de nosotros, como la savia en el árbol, pero que á la vez, como el perfume, esparsce sus efluvios á más ó menos distancia, los irradia y expansiona; nos ha explicado, en parte, por las combinaciones é influencias de encarnados y desencarnados, los fenómenos de magnetismo, las videncias, la tiptología, las apariciones, las tangibilidades parciales ó completas, las creaciones fluidicas y todos los fenómenos físicos y morales como hechos. Como una parte de estos fenómenos podemos explicar las formas extravagantes con que en el pasado y aun en el presente, en cierta clase de pueblos, se han dado á conocer espíritus burlones ó interesados en imbuir ideas de fanatismo ó de terror. Esas formas pasajeras, dejando á un lado las

intenciones de los que las provocaron, fueron una realidad en otros tiempos, y ha de costar trabajo desarraigarlas de la credulidad ignorante. Sólo el Espiritismo puede destruir las doctrinas monstruosas que llevan tales creaciones y dar su explicación racional.

Casi todos los encarnados del planeta creyeron en ellas, en pasadas existencias, como producto de seres diabólicos. Estos seres hoy son entes mitológicos, porque las penas eternas son un dogma monstruoso contrario á las leyes de libertad, de reencarnación, de progreso indefinido, incompatibles con los atributos de Dios y en oposición con textos de las Escrituras, sin que entremos aquí en más consideraciones. Pero si el periespíritu es una fuerza, que puede transformarse en calor, en movimiento ó en vida, y que es plástico, susceptible de *formas* y capaz de asimilaciones y secreciones, que son sus evoluciones momentáneas ó permanentes, se explica bien que en el laboratorio invisible lo mismo se manipule un ropaje bello que uno extraño; y de ahí esas creencias populares, de fantasmas y trasgos, que si hay que rebajar de ellas el 99 por ciento de las novelas del hogar atrasado, les queda un fondo de verdad que la ciencia puede recoger como testimonio para someterlo á la crítica y examen, si en algún caso se presenta. Porque el Espiritismo, si no se hace solidario de todos los cuentos, puede en cambio impedir que se crea en fantasías que alienten el fanatismo. Es preciso estudiar esta ciencia, para juzgarla. Sus beneficios son inmensos; los horizontes de exploración que abre, grandiosos.

XV

Se sabe que la fuerza es luz, calor, electricidad y magnetismo en física; y que cada una de estas manifestaciones se transforma en las otras. Luego si el periespíritu es fuerza, se halla en el mismo caso.

El Magnetismo, con sus dominios y sugerencias y sus ampliaciones espíritas, nos lleva también á otra explicación curiosa; cual es la de las *influencias* accidentales de los espíritus sobre los encarnados, con fin siniestro.

Si por magnetizar entendemos vitalizar, aumentar energías y transmitir acción terapéutica ó colocar en condiciones de lucidez psicológica, entonces el Magnetismo no es la obsesión. Pero si el periespíritu se emplea en influenciar ó sugerir malas ó erróneas ideas, en dominar la actividad moral y torcerla, entonces resulta la obsesión.

La posesión absoluta de un sér sobre otro es absurda, porque cada uno es dueño de su libertad. Pero, así como las moscas acuden donde hay podredumbre, lo mismo los espíritus y hombres simpatizan en ciertas tendencias y en el dominio de ciertas pasiones; y entonces, de la afinidad ó de secretas tendencias del

sugridor, que pueden ser poco morales, resulta una conjunción más ó menos persistente entre los seres invisibles y los hombres. Cada oveja con su pareja, dice el refrán. En un centro de ladrones, no busquemos espíritus desprendidos, que les aconsejen la caridad. No son, pues, tan extravagantes como parecen los pasajes de los Evangelios sobre los poseídos de *aquel tiempo*. Fueron una realidad, como es una realidad hoy la obsesión del mal consejo ó la persecución de un espíritu á otro por motivos de celos, de envidia, de odios seculares ú otros. Nadie está exento de un mal pensamiento; y todo efecto inteligente tiene una causa inteligente. Se dirá que ese pensamiento puede ser propio, porque somos imperfectos; y nosotros, conformes en ello, añadimos que puede ser propio y *sugerido* desde el momento que hay espíritus de todas categorías, y que más allá de la tumba no acaban las cuentas pendientes de nuestros deslices sino por el progreso de *todos*.

Reconocido *el hecho de las influenciaciones*, por motivos inversos á la vitalización, ó sea con tendencia á la disminución de energías y de acción, la *serie* nos lleva á sus grados diversos en duración ó intensidad; lo cual es una prueba para los encarnados, como la peste, la viruela ú otra plaga cualquiera.

El Espiritismo enseña los remedios de estos males, no por exorcismos, ni hechicerías, ni talismanes, sino por el progreso en la ciencia y las buenas obras, que nos hacen invulnerables á todas las asechanzas. Estúdiense á Allan-Kardec. Estúdiense las *series sugestivas*, desde lo vulgar á lo sublime, y tendremos la explicación racional y evidente de la *obsesión*, aparte de la *autoridad colectiva*, que dictó las obras fundamentales de Espiritismo, autoridad que es más que *algo*, por ser *mucho*.

XVI

Este estudio es interminable.

Para proseguirle tenemos el tiempo, que no acaba, y la acción colectiva que en la labor toma parte.

Si nuestra opinión no interpreta bien las obras fundamentales y los desarrollos dados en las revistas técnicas, porque en la ciencia no todos alcanzamos iguales grados del saber, rogamos el consejo fraternal, la prudente observación, la rectificación que proceda.

No tenemos más aspiración que el de *meros trabajadores*, papel enseñado por nuestro insigne maestro, y en lo cual nos dió el primero, el más acabado ejemplo. Á él seguimos; y siguiéndole, sabemos cuán fácil es errar, ya que él, á pesar de su elevación, recibió frecuentes correcciones de sus guías.

Sabemos también que el Espiritismo, si en algo está equivocado, se corregirá, una vez que los espíritus no son infalibles, cosa sólo propia de Dios.

Por lo tanto, abiertos grandes horizontes á la observación científica, marcharemos en ella al unísono con nuestros directores espirituales; esperando de la acción del tiempo y del desarrollo de nuestras capacidades, así como de la acción colectiva, el triunfo de nuestras ideas, que sabemos persiguen un objeto elevado que está en la ley natural; campo en el cual todos los debates, todas las rectificaciones, todas las conquistas, todos los progresos, sólo contribuirán á una sola cosa, á saber: á que brille cada vez más la Verdad y extienda sus dominios sobre las conciencias, conduciendo á la humanidad terrestre á sus altos destinos. Están echados los cimientos: los que vengan atrás rematarán la obra.

M. NAVARRO MURILLO.

CORRESPONDENCIA CIENTÍFICA ENTRE ESPIRITISTAS

(Continuación)

Á MI QUERIDO HERMANO FARMACÓPOLA

..... Enero de 1888.

He recibido la tuya, que después de leer con el placer indefinido que nace en la gratitud y se afianza en la perpetua espontaneidad, ha dejado en mi ánimo la impresión agradable de las buenas enseñanzas á la vez que un incentivo más á mi constante estímulo.

Debo decirte que padezco esa enfermedad que se llama sed insaciable de conocimientos: y creo haber empezado á demostrarla, y aunque quizás diga mal diciendo enfermedad, como caso patológico se tiene por muchos al querer llegar más allá de lo averiguado y más adentro de lo que se ve.

.....

Pues bien, voy á continuar mi tarea empezando por corregir un error cometido en mi anterior, hablándote de la naturaleza del periespíritu; á seguida contestaré algunos puntos de tu epístola, y después proseguiré en mis disquisiciones acerca de la vida de relación psico-fisiológica.

* * *

No quiero comprender al periespíritu como un *medio* de composición mixta; no es para mí la textura periespiritual de índole heterogénea y de complexión ambigua; no quiero decir que dicho agente participe *sustancialmente* de las con-

diciones del cuerpo y del alma ; sino que, *potencialmente* conceptuado, sea de modo tal que por su tenuidad se avecine mejor con el elemento psíquico y por su movilidad pueda ajustarse á la función orgánica recibiendo de ambos lados impresiones, ó mejor dicho, vibraciones ya en una dirección, ya en otra.

Entiendo que se comete una inexactitud muy grosera asignando al periespíritu una constitución compleja en que concurren elementos de la sustancia anímica y de la corporal: no, yo creo que la materia se enlaza por grados y en escalafón riguroso de categorías para llegar á ser apta de tomar las corrientes inductoras de la potencia anímica, yendo de serie en serie desde la más compacta á la más fluida, desde la que se mueve menos hasta la que se agita más.

*
* * *

No solamente carecemos de órganos para percibir cierto género de sensaciones, sino que tampoco estamos provistos de materiales para determinado orden de concepciones; como que la vida terrena no es otra *cosa que un síncope de la vida consciente*, habiendo dejado mucho desconocido en el ayer, para recogerlo mañana. Es más; dentro de nuestro limitado circuito nos habemos con fenómenos del orden intelectual que no tienen *forma humana*, es decir, expresión verbal. Prueba de ello son las nociones abstractas de virtud, heroísmo, valor moral, como todas las abstracciones desde las ideas absolutas de espacio y tiempo hasta los juicios concretos de distancia y velocidad, que no tienen en el lenguaje del hombre ningún vocablo que les venga como ropaje exacto, ni poseen en la mente ninguna imagen plástica; sin embargo, se conciben y hasta se perciben del todo distintas en su diversa medida de tangibilidad. ¿Cuáles son las líneas y contornos de esas imágenes que forman cuerpo á tales ideas? No sé decirlas, pero sé que la imaginación, que es el taller donde se moldean, no miente, no hace el *absurdo infinito*.

Me dices que en la corriente sensorial no hay transporte de materia; yo supongo que habrás querido decir que no hay dislocaciones, mas entiendo para mí, que debe haber transmisión de sustancia, pues que á mayor velocidad mayor movimiento, y así como la piedra que se arroja al charco de agua hace ondular y conmoverse toda la masa, así la masa fluida que envuelve y satura el organismo se conmueve y ondula, se transmite de zona en zona, de región en región, y la molécula más sensible sale, es arrancada por la misma corriente hasta llegar á un centro que la atrae, la asimila, la devuelve (modificando su energía) al torrente de la «circulación vital», y todo esto en brevísimo tiempo, porque se trata de órganos cuyo movimiento atómico es ordenado, pero veloz, muy veloz.

Respecto á la perennidad de la fisonomía y á la persistencia radical de los caracteres, me atrevo á sostener que no es oficio del periespíritu conservar estas propiedades; me atengo á un criterio organogénico fundándome en esa idea de impulso inicial en el que se han combinado cantidades de fuerza y potencias directrices, cuyos efectos permanecen mientras dura la unidad compuesta de que forman parte.

No es el periespíritu ajeno á esos cambios, pero no es él su causa formatrix: que tenga intervención marcada en las operaciones trópicas, puede ser, pero que no se le haga responsable de toda acción, porque esto sería dejar un argumento al materialista, toda vez que esos fenómenos en su lado orgánico tienen lugar en la serie zoológica.

Donde interviene real y positivamente el agente periespiritual, es en la formación del carácter social, y en la formación de simpatía eslabonadas, como en los fenómenos materiales de obsesión colectiva, es decir, en todo aquello en que hay más de humano que de animal en la vida de relación exterior.

*
* * *

LAZOS HUMANOS: ESPÍRITU Y MATERIA

(VIDA INTRA-UTERINA)

Desde el momento en que un hombre es concebido, hay una inteligencia que gravita con el peso de su atención sobre el germen: quizás el espíritu errante que adopta un *vestido* corpóreo empieza á cuidarse de él desde las primeras puntadas; quizás tome parte, aunque no sea más que indirecta, en asegurar la fecundación de un nuevo sér. No es el espíritu quien determina el acto complicado de la génesis embrionaria, pero importa arrancar de aquí para estudiar la relación íntima entre los *componentes* del individuo humano: interesa esto á las funciones del periespíritu, porque sobrevienen las cuestiones siguientes:

- a — ¿Cuál es el momento preciso de la encarnación?
- b — ¿Qué hace el alma durante la vida fetal del cuerpo?
- c — ¿Cuáles son las funciones periespirituales desde la concepción hasta el alumbramiento?

*
* * *

= a — Momento de la encarnación.

Voy á procurar de la mejor manera que esté á mi alcance, exponerte mis pensamientos con la mayor claridad y orden.

Es necesario, á mi modo de ver, precisar categóricamente los términos siguientes: *encarnación del alma: residencia del espíritu.*

¿Es la inteligencia un agente, ó mejor dicho, una sustancia que se disuelve en el organismo como un cuerpo químico en su vehículo apropiado? ¿Es algo que se precipita y condensa en el fondo de ese organismo, como lo haría un gas ó un vapor al chocar en la superficie helada de un líquido? ¿Y una vez efectuada la encarnación dónde, cómo y en qué modo reside?

Ni lo uno ni lo otro: no hay disolución, no hay sumersión, no hay precipitación. Cambiemos un poco las palabras y modifiquemos algo nuestros juicios. La palabra *encarnación* es muy tosca, porque materializa las nociones que debemos tener acerca del suceso que con ella se significa: yo diría, hablando más á gusto, *humanización*, expresando así la condición primordial del cambio entre el estado errante y la vida terrena.

Mas, ahora queda que preguntar ¿cómo y cuándo se efectúa la humanización del espíritu?

Respecto al momento en que tenga lugar dicho acto, digo que será *desde y en* el momento en que sea preciso.

Tocante al cómo, pongamos mucho cuidado en materializar nuestras elucubraciones, dando á los conceptos de ingresión y residencia un valor que no es el que les pertenece. No creamos que el alma entra en el cuerpo como cualquier vecino en su casa: no digamos que penetra, porque la penetración es un absurdo tratándose de una entidad que no se reduce ni afecta por las influencias orgánicas de modo que haya de esconderse perdiendo su condición de libre; ni tampoco afirmemos que ingresa, porque también se achica pensando así: ni tampoco que es absorbida por la envoltura organizada, porque caemos en una abstracción insípida. *El alma irradia sobre el cuerpo, iluminando sus actividades como luz que atraviesa las facetas de un cristal, dirigiéndole en la vida de comunicación, pero sin ser ni una causa, ni un resultado.*

Si hay adherencia entre ambos elementos de la unidad ontológica, es determinada por afinidades y simpatías, empezando en el más débil telotismo de la molécula y concluyendo en la conmoción general del órgano y hasta la total trepidación de la máquina.

Si hay cohesión de las partes y armonías de las funciones, aquí precisamente está el papel importante del periespíritu.

Sí; el alma irradia en el cuerpo y no de otro modo comprendo su humanización, porque si digo residir, he de señalar un punto, y para la inteligencia creo que no hay puntos ni lugares. El alma es el centro inicial de las operaciones mentales, el medianero periespiritual es el segundo radical de la composición que pone al servicio del primero todos los recursos, todos los materiales necesarios para que pueda darse la vida consciente en medio de este laberinto de oscuridades que se llama *mundo*.

Vuelvo atrás, querido Farmacópola, y digo:

¿Desde qué momento necesita nuestro cuerpo de nuestro espíritu? Vamos paso á paso.

Hemos quedado en que, desde la concepción, hay una inteligencia cuya atención se posa sobre el producto concebido; pero esto, que no elude todo el cuidado posible hacia ese bosquejo humano, no significa que la humanización del espíritu sea ya un hecho desde entonces. Mas, prosigamos.

La concepción no es una función en la que llene misión alguna una inteligencia extraña: partamos desde este momento.

En los primeros días sólo hay de notable la hiperplasia ovular y la inyección vascular uterina: es decir, que hasta aquí lo que sucede digno de mención no es más que una multiplicación de las actividades vitales del embrión (que reacciona sobre la madre) para crecer éste á sus expensas, y dibujarse el sistema inervatorio que ha empezado esbozándose en la línea primitiva y continúa destacando los lóbulos cefaloides. Hasta aquí, nada existe tampoco que demuestre la necesidad directa del agente psíquico.

Continúa la evolución su curso, y hacia el promedio de cinco á seis meses ya está *casi completo* el aparato circulatorio, *casi completo* el aparato de la respiración, *casi completo* el aparato digestivo y algo más que casi terminado el aparato de la inervación, es decir, el instrumento de la comunicatividad. Entonces, el feto ya es viable, según los principios de la ciencia médica (aceptados por la legislación *civil* y *eclesiástica*): entonces es humanizable, según mi modo de decir. Entonces el espíritu que pende, en su atención, de ese feto, es *irradiable* sobre él, en caso fortuito de salida al exterior, aunque de seguro no permanente. Entonces, si tal sucede, el periespíritu se encarga ya de su papel.

Esto no significa para mí, estimable hermano, que desde el tiempo de la viabilidad es un hecho consumado la humanización; sino que *entonces* hay un *mínimum* de humanizabilidad (1), que se aumenta por grados, que desde entonces pende el alma del cuerpo como durante el sueño, aunque no tan esclava; que esa dependencia va aumentando progresivamente con la evolución fetal, hasta que llega el instante del parto, en que.... (déjame decir lo que siento).... «en que la »esclavitud llega á su *máximum* cayendo en el síncope, del que no se despierta »sino á medias en la época de la razón plena y que no concluye del todo hasta la »hora del tránsito. Desde entonces es cuando empiezan á atarse los lazos entre »el espíritu y la materia, apretándose más por cada día y á medida que se perfecciona y crece el sér, entablándose el circuito individual que tiene por centro

(1) Dispénsame que violente el lenguaje en honor á la claridad, y aun que barbarice con una frase, que resulta transparente para la idea que envuelve.

»y motor el impulso anímico, y por perímetro y zonas las acciones derivadas, las »concordadas energías y la recíproca solidaridad dinámica.»

No encuentro comparación ninguna que sea tan exacta como yo quisiera; pero, á falta de otra, voy á tomar la del piano. No es mía, pero yo voy á aplicarla como pueda.

Figúrate un pianista que desde la confección de los primeros materiales para un piano que ha de *poseer*, sigue con avidez todos los pormenores de la construcción, desde la clavazón del cordamen y el ajuste de la caja, hasta la colocación del teclado y afinamiento. Figúrate que el instrumento sale de la fábrica á medio hacer, sin el cierre completo, que aún faltan cuerdas que poner y otras que *cro-matizar*, en fin, que no es más que un piano por antonomasia; pero el profesor, lleno de entusiasmo, sigue á su ídolo, arrastrado por la *afinidad*; en cuanto puede, pára á los que lo conducen y ensaya tocar algo; pero sale mal, ya falta un bemol en los tonos altos, ya no corresponde el pedal á la sordina y,... desesperado, deja á su *perseguido* en manos ajenas, que lo destrozan ó lo devuelven á la casa fabril para aprovechar sus despojos en la confección de otros *pianos* completos, que tengan *pianistas* buenos que los apropien y dirijan.

Hazte, por fin, la suposición de que sucede esto último: que el instrumento bien concluído encuentra un filarmónico que sea su guía inseparable, desde el día que sale de manos del *artífice* hasta que se descompone por el uso y el abuso (!) del *artista*, y aplica esto á lo que acabo de hablarte. ¿Ves cómo puedes entenderme bien?

* * *

=b—¿Qué hace el alma durante el período fetal?

He aquí un vacío que yo no me atrevo á llenar satisfactoriamente, porque no me basta con decir que presta atención á las evoluciones del embrión y al desarrollo del feto, porque si bien, desde ese momento de la viabilidad, va perdiendo su acción libre, esto no sucederá en igual grado para todos los casos; y además, antes de dicho tiempo alguna misión debe llenar. Quizás intervenga en el concurso de pormenores que moralmente han de influir respecto á su futuro modo de ser en el interior de la familia en que viene á ingresar. Quizás haya recíprocas influencias entre la madre y el hijo, estableciéndose una especie de magnetismo ignorado, al cual puedan obedecer muchas aberraciones inexplicables, que vemos en las mujeres durante la gestación. Quizás pudiéramos encontrar alguna relación entre estos fenómenos y los tipos humanos que se suceden, si estudiáramos á la madre durante ese período y al hijo desde los primeros esbozamientos de la fisonomía moral: pero éstas no son más que ideas sin corroboración aparente. Te dejo, amigo Farmacópola, esta calle para que tú la andes, que podrás hacerlo mejor que yo.

*
* *

No concluyo aquí con el tercer punto, porque, creyéndolo de suma importancia, he de dedicarte con él unos párrafos aparte en mi siguiente.

Como ves en ésta, sólo una exposición abreviada es lo que hago, porque el asunto que voy desenvolviendo tiene tanta importancia que bien podría, por su extensión, ocupar una obra de largas páginas; pero he de contenerme en los reducidos límites de una correspondencia amena, suprimiendo de una parte datos de pura tecnología, y de otra las pequeñas investigaciones en que asiento mis asertos.

*
* *

Sí, querido hermano; tu alma y la mía caminan por la misma senda, guiadas por la afinidad, impulsadas por la simpatía y estimuladas por... la inspiración, que, indudablemente, es el báculo en que se apoyan las inteligencias, anhelosas de atesorar conocimientos, y que, sin perder su propia fuerza, toman aliento mayor con el socorro extraño de los hermanos invisibles que nos ayudan. La misión del hombre es compleja, pero llega á serlo más á medida que más se espiritualiza.

Por eso acepto, con toda la satisfacción de un corazón agradecido, el concurso de un amigo que, como tú, pone su afán en la ilustración y engrandecimiento moral de sus semejantes.

Por eso te envía un abrazo más tu cariñoso hermano

PESTALOZZI.

Á MI QUERIDO HERMANO PESTALOZZI

..... Enero de 1888.

Inútil es que te repita el placer que me causa nuestra correspondencia; los dos tenemos corazón, y con esto basta y sobra.

Tú y yo somos, en efecto, dos casos patológicos para mucha gente; pero yo aprendí de niño la fábula de *«El oso, la mona y el cerdo»*, que, como recordarás, acaba:

Guarde para su regalo
esta sentencia un autor:
si el sabio no aplaude, malo,
si el necio aplaude, peor.

Y á la sentencia me atengo; no hago caso ninguno de la opinión del necio y

malo, sino de la del sabio y bueno, y me importan muy poco las censuras de la *gente*, teniendo en mucho el criterio de las *personas*.

*
* * *

Cuestión muy grave y compleja es la primera que tratas de aclarar, relativa á la naturaleza del periespíritu, para cuya definición nos faltan elementos materiales y tangibles; mas esto no ha de obstar para que yo te exponga mi criterio, por más hipotético que sea.

In principium Deus creavit no cielo y tierra, como dice la Biblia, sino una sola sustancia, cuyos diversos estados constituyen cuanto existe, no sólo lo sensible, sino también lo supra-sensible.

En todo cuanto existe, lo mismo en la piedra grosera que en el espíritu humano, observo yo siempre la nota esencial y característica, el verdadero soplo divino, la fuerza en cuya virtud existe la creación entera, ley única á que obedecen no sólo los átomos y los sistemas estelares, sino también el mundo espiritual por elevado que se le quiera suponer, y no sólo lo que es real y tangible, sino hasta lo que no existe; hasta la idea obedece sumisa á la misma ley, presenta la misma nota, que es el *amor*.

Claro es que el amor no se manifiesta de modo igual en las diversas modalidades de la sustancia primitiva; que en los átomos minerales no pasa de ser afinidad, cohesión; en los sistemas estelares atracción; en los vegetales adaptación; en los animales sociabilidad; en el hombre fraternidad, y en los espíritus amor.

No pudo Dios, en la Creación, producir dos sustancias distintas, el espíritu y la materia; la una destinada á ser señora, progresar y elevarse; la otra á ser su sierva y girar siempre en un círculo eterno, pero vicioso; no, esto hubiera sido injusto, y Dios no puede cometer injusticias, ni crear privilegios.

Sé que me dirás que todo esto es materialismo puro, y yo te respondo desde ahora que es todo lo contrario; el materialismo dice que todo es materia más ó menos sublimada, y yo digo que todo es espíritu más ó menos condensado, pero esencialmente espíritu.

Lee la *Revelación magnética* de Edgardo Poe, y allí encontrarás algo sobre el mismo tema, escrito hace casi medio siglo.

Á muchos extrañará mi manera de ver, pero yo sólo les diré que tan materia es el hidrógeno como el platino; y, sin embargo, el primero es tan tenue, tan poco denso, que apenas si pesa 7 gramos por metro cúbico; mientras el segundo es tan denso, que en igual volumen pesa 21,530 kilogramos; por consiguiente, si continuamos la escala de la *sublimación* (*passez moi le mot*), no nos será tan difícil aceptar mi hipótesis.

Creo yo, pues, que el periespíritu es materia todavía, pero en un estado tal de sublimación, que escapa en absoluto á los medios de comprobación de que dispone hoy por hoy la ciencia, y muy superior á todo cuanto estamos habituados á llamar gases y fluidos.

Dicho lo que antecede, creo ya innecesario detenerme más sobre este punto.

* * *

Piensas en las ideas abstractas, y dices que carecemos no sólo de órganos sino de materiales para concebirlas; esto para mí no es rigurosamente exacto; siempre las cosas son del color del cristal con que se miran: nuestro espíritu tiene delante el cristal de nuestro cuerpo, y ve las cosas del color de éste, ó, mejor dicho, sólo ve lo que por éste puede ver; tiene facultades, pero no puede ejercitarlas si no se ve libre de la venda que le ciega; el presidiario es ágil y ligero, mas sujeto por la férrea cadena no puede moverse; quítale las cadenas al forzado, verás si corre; déjale correr un poco y correrá más, y cuanto más corra, menos querrá volver á sujetarse.

Exactamente lo mismo sucede con el espíritu humano; posee las facultades, pero si ha de ejercitarlas es preciso que se vea libre de las cadenas del cuerpo; por eso en el sueño es cuando más las ejercita; entonces corre á sus anchas; mas guárdate de dejarle correr mucho, porque puede que no volviera á su cadena.

Tú lo has dicho, «la vida terrena no es otra cosa que un síncope de la vida consciente»; tienes mucha razón, esa es la verdad.

* * *

Como muy bien dices, nos faltan medios de expresión para ciertas ideas; nuestro lenguaje, á pesar de ser muy rico, es deficiente, le falta adaptación matemática para expresar bien lo que sentimos; por eso mismo en esta nuestra correspondencia han de ofrecerse dudas.

En la transmisión de sensaciones y percepciones, se transmite para mí algo así como lo que hemos dado en llamar energías, no materia; mas yo no puedo definir si la energía es ó no materia en un estado particular, en cuyo caso habrá transmisión de molécula de sustancia, que en su viaje de ida y vuelta al ponerse en contacto con el espíritu consciente, se sublima pasando de sensación material á concepción espiritual.

Pero si admitimos la materialidad para este fenómeno, si decimos que un átomo va y viene, seguro es que nos preguntarán, ¿qué se hace de ese átomo? ¿se acumula en el yo ó en la periferia? Yo no sé dar solución á este enigma; tal vez tendríamos que admitir, parodiando la preciosa idea de Flammarión en *Lumen*,

que ese átomo pasa al espacio y viaja al infinito reproduciendo aquella sensación y percepción.

* * *

Un olvido tuyo te hace volver sobre una opinión mía: no he dicho yo que el periespíritu sea el autor de la forma de nuestro cuerpo; el periespíritu nunca es causa de acción sino medio de realizarla; la causa plástica no está en el molde donde se vacía la estatua, sino en el artista que la vació; aquí el periespíritu no es más que el molde; el *cañamazo*, quien moldea, quien borda es el alma, el *yo* que es el artista.

* * *

Como yo me temía, á medida que proseguimos nuestra correspondencia, querido Pestalozzi, surgen y brotan de los puntos de la pluma problemas y más problemas, á cual más difícil de precisar y resolver; pero ¿qué le hemos de hacer? nos los explicaremos como buenamente podamos.

Indudablemente, dadas nuestras ideas, no hay germinación humana sin encarnación; no es la germinación del óvulo un hecho puramente material y físico, sino más elevado, algo superior al mundo tangible; lo que transforma al óvulo en feto no es el contacto del espermatozoide, no, sino la acción de una inteligencia, de un espíritu que toma posesión del futuro vestido corporal.

No sé si voy á decir un desatino, pero ya sabes que no sé ni palabra de medicina; ¿no es una prueba que afirma y consolida nuestra creencia la presencia en la matriz de los falsos engendros, vulgarmente molas? Yo creo que sí, que estas molas son producto de la fecundación física, pero les ha faltado la fecundación psíquica, la encarnación; de aquí que el óvulo sólo pueda llegar á ser una masa carnosa, sin rastro alguno de humanidad, que sirve únicamente de cuerpo extraño al órgano en que se aloja:

Te extiendes algo sobre el momento de la encarnación ó humanización, y estoy tan conforme con lo que dices sobre este asunto, que sólo te diré que, para mí, la unión del espíritu y el cuerpo va acentuándose correlativamente con la formación en el feto del aparato sensorial, es decir, que á medida que éste se va perfeccionando, la unión va siendo más íntima, más estrecha, sin que por eso entienda que haya penetración ó fijación del alma en punto determinado, y, por mi parte, suscribo á todas las salvedades que haces sobre este punto, admitiendo sólo la *irradiación*.

* * *

¿Qué hace el alma durante la vida fetal? me preguntas, y á la verdad que la preguntita nada tiene de fácil en su contestación.

Muchas y muy variadas son y pueden ser las ocupaciones durante el periodo de la gestación, además de lo que tú dices.

Tiene que irse acostumbrando lenta y paulatinamente á la voluntaria pérdida de su libertad, antes de salir al mundo con la hopa de presidiario sublunar; tiene que atender á los delineamientos físicos de esa hopa; tiene que ir olvidando su propia historia y la historia ajena, para al ser hombre no convertirse en fiera y vengar con el puñal las ofensas antiguas que quiere pagar con sus buenas acciones; es indispensable que olvide los agravios que recibió, los daños que causó, pues sin este olvido la vida sería imposible de todo punto, y la tierra sería una casa de fieras y orates.

Pero concretándome á la acción del alma y su papel con respecto al feto que le ha de servir de vestidura, te diré que, para mí, el solo hecho de haber humanizado un germen, debe hacer entrar al alma en un estado particular de turbación, algo análogo á lo que á nosotros nos sucedería si aherrojados nos encerrarán en un calabozo oscuro.

Nosotros conservaríamos nuestros cinco sentidos, pero en los primeros tiempos nos serían completamente inútiles, tendríamos que educarlos de nuevo para que se adaptaran al medio en que habríamos de vivir; pues bien, yo supongo que algo semejante es lo que le sucede al espíritu que se humaniza: conserva sus potencias, sus facultades, pero necesaria y fatalmente tiene que adaptarlas al nuevo género de vida; de aquí el periodo de oscuridad que se llama niñez.

Ya que se me ha ocurrido el símil del calabozo, no dejaré de decirte que también puede aplicarse á otro momento solemne para el espíritu: me refiero á la desencarnación.

Cuando un preso sale de su calabozo puede experimentar sensaciones muy diversas: supongamos que durante su cautiverio se ha identificado en absoluto con su prisión, que su corazón y su inteligencia sólo albergan odio y rencor, y que ha perdido por completo toda esperanza de libertad; un día su carcelero le dice: «sigueme», abre una puerta y le dice arrojándole en pleno día: «estás libre, véte»; aquel hombre cegará, su cabeza estallará y se volverá loco; por el contrario, el preso piensa en el más allá de su prisión; en el aire, en la luz, en el color, sabe que más ó menos tarde ha de ser libre, y cuanto más cultiva estas ideas, menos le sorprende la hora de su libertad.

Exactamente lo mismo sucede con el espíritu en la mal llamada muerte; el sér habituado á la vida terrestre, identificado con ella por completo, que no piensa en el más allá, ciega por completo cuando pasa los umbrales de la tumba; todo cuanto ve y siente, es para él tan extraño que no lo entiende, aquello le aturde, le anonada, le sumerge en una turbación análoga á lo que físicamente llamamos locura.

Por el contrario, supón que el hombre piensa en el más allá, que tiene nocio-

nes exactas de la vida del espacio; en ese caso nada hay nuevo para su espíritu cuando recobra la libertad; todo es natural, sencillo, lógico, sin más diferencia que la realidad supera en belleza á cuanto él imaginó.

Pero dejemos esta cuestión para cuando le llegue el turno.

* * *

Tengo que disentir de una opinión tuya: suprimes experiencias y datos técnicos, y no deberías hacerlo; tenéis generalmente los médicos uno de dos defectos: ó abusáis de los tecnicismos, como si vuestro auditorio se compusiera exclusivamente de médicos, ó los suprimís tan por completo, que es hasta difícil precisar vuestras ideas.

Ten en cuenta que yo, y los que tengan la paciencia de leer nuestras epistolas, no somos médicos, y paréceme oportuno que al tratar ciertos asuntos nos dijeras, sin hablar en griego, sino en el buen castellano que usas, algo de lo que la ciencia sabe sobre el asunto: esto no es más que una opinión mía, tú haz lo que quieras.

* * *

Te has quedado algo corto: no un tomo, sino una biblioteca podría escribirse sobre los temas de que nos ocupamos, máxime si hubiéramos de discutir las opiniones contrarias á las nuestras que la humanidad ha emitido; pero no hagamos caso de ellas, mientras no vengan á cerrarnos el paso; porque si así fuera, y sin que esto sea un reto para nadie, discutiríamos tú y yo, no sólo lo discutible sino también lo indiscutible.

* * *

Yo, como tú, creo y he creído siempre en la inspiración; estoy convencido de que siempre nos guía un impulso extraño, pero análogo á nuestro modo de ser y entender.

Si nuestras cartas valen algo, si hay en ellas alguna que otra verdad, estoy firmemente convencido de que no es exclusivamente nuestra, de que se la debemos á ellos.

Compleja y muy compleja es la misión del hombre, pero nunca me ha asustado porque estoy plenamente convencido de que de uno ó de otro modo siempre resulta el bien; ya ves si es hecho bien sencillo el de que tú y yo mantengamos una correspondencia, y ya sabes cómo ha irradiado de ella el bien para otros hermanos aun antes de ser publicada y conocida.

Ni tú, ni nadie me debe agradecimiento ninguno por mis insignificantes tra-

bajos; porque yo he considerado siempre como un deber, como una obligación el poder ser útil á mis semejantes; el que tiene inteligencia, dinero, bondad, fuerza, caridad, valor, en una palabra, algo que puede ser útil á la sociedad y lo oculta y lo guarda para si solo, es un egoísta infame, es un ladrón de la colectividad humana; el que lo ofrece á la sociedad, ese no tiene nada de héroe, no merece recompensa, sencillamente cumple con su deber, da gratis lo que de Dios recibió para dar y nada más; pensar ó decir otra cosa es un verdadero insulto, es decir, que somos tan malos, tan perversos, que el que no sigue la corriente general es un sér raro y excepcional, un bueno.

Te abraza con toda su alma tu hermano

FARMACÓPOLA.

MUERTE DE CRISTO

Decretada que fué la terrible sentencia, los representantes de la Ley se apresuraron á darle cabal cumplimiento. Era necesario hacer desaparecer aquel hombre que para todos tenía palabras dulces, que acariciaba á los pequeñuelos, perdonaba á la mujer adúltera y se juntaba con gentes de tan mal vivir como los publicanos para hablarles de las verdades, de la misericordia divina, y para ellos los pontífices, los sacerdotes y los ancianos sólo guardaba los apóstrofes, las imprecaciones y los azotes. En los oídos de los doctos varones que componían el consejo, aún resonaban aquellas durísimas frases con que Cristo los calificara: «¡Hipócritas, que pagáis el diezmo de la menta y del comino y asoláis las casas de las viudas, que coláis el mosquito y os tragáis el camello, sepulcros blanqueados por fuera y por dentro llenos de podredumbre, con la humildad en los labios y el orgullo en el corazón!»

Tamañas ofensas dirigidas á quienes se creían encargados por Dios mismo de guiar la conciencia del pueblo, merecían ejemplar castigo. No había bastado la muerte del Bautista para acallar los cargos que se les imputaban. Juan había pagado con su cabeza la osadía que tuviera de llamarles víboras, serpientes, y no enjuta aún la sangre de tan cruel sacrificio, se alzaba un desconocido, un plebeyo, y les decía más, mucho más que cuánto les dijera el precursor. ¡Grave caso para la autoridad levítica tan respetada hasta entonces! Tal desacato no podía borrarse sino con la muerte misma, muerte que, por lo ignominiosa y lo dolorosísima, impresionara de tal modo la mente de las muchedumbres, que ya nadie en lo sucesivo se atreviera á levantar la voz contra aquellos que eran due-

ños de juzgar á todo el mundo sin querer ellos ser juzgados ni por el mismo Dios.

Y no era solamente el espíritu de venganza el que dominaba á los levitas: sin atreverse á confesarlo públicamente, el Hijo del carpintero les inspiraba serios temores. En efecto, si el pueblo llegaba á empaparse de sus doctrinas y se empeñaba en practicarlas abandonando la religión de sus mayores, ¿qué sería de la respetable clase sacerdotal, cómo sostendría su dominación política, su posición exterior, sus privilegios, su poderío, su influencia? ¡Imposible! Cristo había dicho que á Dios se le adoraba en espíritu y en verdad, había censurado el aparato religioso, el comercio del templo, y por ende declaraba que el Creador sólo quería la fe y el amor de sus hijos, amor traducido por la abnegación de sí mismo, por la fraternidad y la caridad universal; fuera de esta virtud no existía esta salvación, y ella por sí sola bastaba para levantar cualquiera hasta el Eterno, aunque perteneciese á una raza maldita. Tal lo había hecho creer el Redentor á las muchedumbres relatándoles la parábola del buen Samaritano, y otras por el estilo.

Todo esto atacaba fuertemente el poder de los sacerdotes, la supremacía de los fariseos, doctores de la ley; la nueva doctrina no necesitaba la intervención de representante alguno de Dios en la tierra, y pudiendo prescindir de ellos, la catástrofe era inminente: preciso se hacía, pues, conjurarla, y el mejor modo de hacerlo era apoderarse del que enseñaba semejantes teorías y darle cruelísima muerte, demostrando así prácticamente que aquel hombre milagroso, asombro de las muchedumbres, era impotente para luchar contra ellos, los príncipes de Jeovah.

Cumpliéronlo todo, pues, tal como les parecía conveniente para hacer resaltar la autoridad sacerdotal y.... ¡triste jornada la de Cristo! Llevado de Caifás á Pilatos y de Pilatos á Herodes; acusado por el sumo pontífice de haber pronunciado la blasfemia más grande que caber podía en el entendimiento, la de llamarse hijo de Dios; sentenciado por el vulgo que días antes lo aclamara por su libertador y lo victoreara con flores y palmas, inútiles fueron los débiles esfuerzos que Pilatos hiciera para salvarle, y los acontecimientos se sucedieron con una rapidez que mostraba bien á las claras el deseo de sacrificar el cordero sin mancha, que de luengos tiempos estaban esperando los judíos y que no conocieron cuando entre ellos estuvo.

Ya antes de ser sentenciado habíase escupido y abofeteado el rostro de aquel sér manso y puro por excelencia; duros azotes destrozaban su cuerpo, agudas espinas taladraban sus sienes, y más agudos quizá aún le taladraban el corazón los escarnios de sus semejantes, la negación repetida de Pedro, la traición de Judas y el abandono de todos. Mas tales tormentos no bastaban aún á la ferocidad de sus enemigos; sin duda habían formado propósito de apurar los recursos

todos de la crueldad. Sobre los desmayados hombros de Cristo colocan el pesado madero, instrumento de suplicio; obliganle á llevarlo hasta el Calvario, y después del *via-crucis*, traspasan con clavos sus pies y sus manos, sujetándolo á la cruz. Así lo suspenden en el aire junto con dos malhechores, y sin ninguna compasión por su dolorosa agonía, lo insultan recordándole sus milagros y sus profecías. Pide agua y á sus labios moribundos acercan una esponja empapada en hiel y vinagre. ¡Oh dulcísimo Jesús, qué mayor amargura cabe! Vives y mueres por y para la humanidad, y ella ¡ingratitude inaudita! te da la más cruelísima de las muertes, se burla de los dolores físicos que te produce, y no alcanza á comprender tus padecimientos morales. ¡No te ha conocido, no! Has querido proteger á sus hijos como una madre á sus polluelos, has querido darles el agua que apaga la sed, el pan que vivifica, y al calor de tu corazón querías reunirlos, pero ellos han preferido acogerse al gavilán que empezó por halagarlos y los devoró luego.

No es, pues, de extrañar que Cristo, agobiado por tantas y tan duras penas, desmayase un momento, y en medio de su angustia inmensa, exclamase: ¡Dios mío, Dios mío, porque me has abandonado?

¡Qué sentimientos agitarían el alma del Redentor cuando la vida le abandonaba! De odio no podía haber ninguno, puesto que momentos antes había implorado el perdón de Dios para sus verdugos; mas aunque su corazón inmenso como los cielos, olvidase sus propios padecimientos, considerando los frutos de su misión divina en lo porvenir de la raza humana, podía caber en Él un pesar grandísimo al ver la horrible deuda que contraían aquellas gentes feroces, pues si de Judas había dicho que más le valiera no haber nacido, otro tanto podía decirse de los que habían dictado la sentencia, de los que la habían cumplido y de cuantos con ella se regocijaban.

La pasión y la muerte de Cristo han conmovido siempre aun á las personas de mediano sentimiento, y la clase de padecimientos que experimentó ha suscitado no corta controversia entre cristianos, católicos y también entre los mismos espiritistas. No falta filósofo ilustre (1) que ha comparado la muerte de Jesús á la de Sócrates, declarando que si este último murió como un santo, el primero murió como un Dios. Y, sin embargo, no cabe (á nuestro humilde parecer) comparación entre el sabio griego y el entonces oscuro hijo de Palestina. Sócrates muere á los setenta años, condenado por unos pocos, pero querido de muchos, rodeado de discípulos y amigos que le manifiestan profundas simpatías: todos deploran la sentencia que separa de este mundo á un hombre tan ilustre, y entre sollozos y suspiros escuchan con avidez los últimos consejos del que sin duda alguna fué

(1) Rousseau.

padre de la filosofía. Nada de burlas, nada de vituperios, el respeto más hondo rodea á aquel anciano que hasta los últimos instantes recoge el fruto de sus enseñanzas y el bien que ha sembrado. El género de muerte que le dan es dulce y le permite departir tranquilamente con cuantos le rodean, entre los cuales descuellan, no los curiosos, no ya los amigos, sino unos pocos discípulos que dejan de quererle para adorarle, y cuyo talento y conocimientos forman una verdadera escuela que vendrá á ser la continuación de la obra empezada por el maestro.

¡Cuán diferente Cristo en sus momentos postrimeros! Espinas, clavos, azotes, cruz, befas, escarnios, no hay iniquidad que no sufra, todos le acusan, nadie le defiende, los discípulos han huido, las gentes no creen en él, cuantos presencian su punzante agonía gózanse en ella, tiene sed y hasta un vaso de agua le niegan; así que bien podemos exclamar de nuevo: ¡Oh Cristo mío, qué mayor amargura cabe!

No todos los espiritistas lo han interpretado así; algunos opinan que Jesús no padeció físicamente, aunque sí moralmente, fundándose, para negar aquel horrible sufrir del crucificado, en que Cristo jamás revistió envoltura corpórea, como la que revestimos todos al entrar en este mundo material. Dejemos dormir en paz esta teoría, que nació en el siglo IV, alcanzando á formar la secta de los apolinaristas, cuyas ideas sobre la naturaleza incorpórea de Cristo fueron anatematizadas en dos concilios, olvidadas luego y resucitadas hoy por algunos espiritistas, aunque no resueltas á gusto y sabor de todos, ni tampoco de Kardec que, no dando el caso por absolutamente imposible, lo coloca en tela de juicio, y expone brevemente sus razones, sobre este asunto, en su magnífica obra *El Génesis*, cap. XV, núm. 60 y siguientes.

Aunque atrevido parezca, casi estaríamos más tentados de creer que Cristo no sufrió moralmente, y esto, á no haber otros hechos en contra, se apoyaría en la propia elevación de su espíritu, elevación que no ha tenido semejante en la tierra, pues ni el Egipto de Manés, ni la China de Confucio, ni la viejísima India, país excelente en el conocimiento de las leyes psíquicas, han abrigado en su seno moralistas como el redentor judío, ni en sus desiertos arenales han oído voz como la de Jesús que pronosticara las cosas cercanas y profetizara los acontecimientos lejanos, de modo tan exactísimo, que hoy empiezan á encontrar su cabal cumplimiento. Parece, pues, que á un espíritu tan depurado no debían, no podían alcanzarle las miserias humanas. Si los primeros mártires oían el chirrido de sus calcinadas carnes con la sonrisa en los labios, menos que ellos debía de sentirlo Cristo, y en cuanto al padecer moral, él, que sabía todas las cosas, no había de ignorar que todo espíritu está destinado á la dicha suprema, desde su creación, y no podían eximirse de esta ley los sacerdotes, cuyo orgullo cegaba su conciencia y le condenaran, el mismo Judas que lo vendió, los verdugos que le clavaron en el madero, el ladrón impenitente que no creía en él y todos cuan-

tos desapiadados se gozaban en su cruelísima agonía: ¿no le cabía á Cristo la certidumbre de que ni uno solo dejaría de entrar en el reino de los cielos? Diráse que Jesús se condolía de lo mucho que los tales espíritus retardaban su progreso; pero ¿qué es el tiempo ante la eternidad? lo mismo que el espacio ante lo infinito. Y si se nos ha dicho hoy que los espíritus que diariamente desencarnan no se afligen por nuestras desgracias, ni lloran nuestros extravíos como en la tierra lo hubieran hecho, y necesariamente así ha de ser, porque de suceder lo contrario la felicidad fuera mentira, ¿por qué la inteligencia inmensa de Cristo, que abarcaba todas estas cosas y muchas más, se habría acongojado? En buena lógica parece que ni físicamente, ni moralmente debió apurarse más que los mártires de la religión ó de la ciencia, y, sin embargo, parece ser que sufrió más que ellos. De los textos evangélicos se desprende que Cristo padeció horriblemente, que murió sintiendo en su cuerpo las espinas y los clavos, y en su alma la traición, el abandono, las atrocidades de todos. Díganlo sino la escena dolorosísima del jardín de los olivos, su oración al Padre para que apartara de sus labios aquella copa de amargura, su angustia al pensar en ella, su congoja, sus sudores y por fin su último grito, en el cual pareció dudar de Dios.

No queremos extendernos en más consideraciones sobre este asunto; no confrontaremos ahora la muerte y pasión de Cristo con la justicia divina, que, según es de infinita, ni en bien, ni en mal da á nadie aquello que no merece. Tales ideas pecarían de atrevidas en un tiempo en que la cuestión de la vida de Jesús no se ha dilucidado satisfactoriamente, y además, algunos creerían que con ello, más que con lo anteriormente dicho, rebajamos la personalidad del cordero sin mancha. ¡Lejos de nosotros tal blasfemia! Al unísono de todo el mundo proclamamos el redentor judío, el mayor de los redentores conocidos; su figura, la más gigante de la humanidad; sus profecías, las más certeras; su ciencia, la más exacta; su conducta, la más intachable; su moral, la más pura. Es sobrehumano, es cuasi divino; sufre y se queja, pero ¡cuán mansamente! Su alma desfallece y pide á Dios que aparte el cáliz de sus labios, á pesar de lo cual añade: «que tu voluntad sea hecha y no la mía»; con el cuerpo herido por el hierro y el alma destrozada por tanta iniquidad, ora por sus verdugos, alegando la cortedad de sus toscas inteligencias: ¿quién hubiera hecho otro tal? ¡Y sus palabras cuánta dulzura destilan! ¿quién como él nos ha enseñado la ley de amor y de caridad, única áncora de salvación! ¿y quién al lado de la teoría nos ha ilustrado con el ejemplo, como Cristo el Salvador? Nunca será bastante nuestro agradecimiento hacia el que iluminó nuestra conciencia, mostrándonos los medios para salir de este lugar de destierro, encaminándonos á las etéreas regiones do reinan ideales inextinguibles.

Conmemoremos hoy, pues, el aniversario de su pasión, de su desencarnación dolorosísimas, no con prácticas externas, no con ayunos estériles, sino con el

recuerdo de sus muchas virtudes, de su caridad inagotable, de su humildad sincera; no olvidemos que el fin del espíritu humano es buscar al Sér Eterno, y que entre lo finito y lo infinito se alza Cristo, mostrándonos el camino con su moral perfecta; no cerremos los ojos á su luz; tomémosle por ejemplo, por guía y norte de nuestras acciones, seguros de que tal imitación nos proporcionará, desde luego, muy dulces goces en la tierra y nos llevará después á los etéreos espacios, donde recogeremos la divina inspiración del verbo creador.

MATILDE RAS.

CRÓNICA

Á LOS SUSCRIPTORES.—Se ruega á los que no quieran continuar el abono, que devuelvan los números recibidos.

* * LA CARIDAD.—El 28 de Enero último desencarnó en Andújar la viuda del apóstol espiritista D. Manuel González Soriano, quedando en el mayor desamparo y sin recursos las ancianas madre y tía de González, que compartían con aquella sus estrecheces y penuria, desde la muerte del esposo y del hijo.

Á consecuencia de esto, se está estudiando en diversos puntos de España la manera de organizar el socorro para estas ancianas, y de cuyo estudio pudiera resultar ampliado el pensamiento, haciéndolo extensivo á los enfermos pobres sin familia, ancianos, huérfanos é inválidos. Pero esto exige el tiempo necesario; y como las necesidades cotidianas son urgentes y del momento, sería doloroso que en una edad avanzada, inútil para el trabajo, estas señoras tuvieran precisión de implorar la caridad pública, después de haber ocupado una posición digna y modesta, y con los honrosos títulos de madre y tía carnal respectivamente de uno de los primeros filósofos de la regeneración humana. La indiferencia, el olvido, la excusa, el abandono moral y material, ó la negativa del óbolo, en este caso, constituiría en los espiritistas una crueldad ó una falta que redundaría en descrédito de la santa doctrina, cuyo lema es la caridad, y cuyo desarrollo y ejemplo se nos ha confiado, y haría nula la fe de cristianos que nuestras familias ostentan.

La caridad está por encima de opiniones de detalle; es la antorcha del noble sentimiento que destruye las diferencias y liga á todos en un lazo común; y por eso, visitando lo mismo el palacio que la choza, siempre espera que se la abran todas las puertas, y que aun en medio de los estrechos deberes de la familia modesta y de sus agobios anejos, se la alargue un pequeño óbolo, cuyo mérito ella

avalora con su gratitud, dándole, pero multiplicado en la balanza de las buenas obras.

Rogamos, pues, á los centros y particulares, que piensen ayudar á esta obra humanitaria y á la vez deber sagrado; que no aguarden para sus donativos á la organización más ó menos dilatable de lo que en el asunto proceda con el concurso colectivo, y desde luego inicien, como tengan por conveniente, algún socorro que haga posible la existencia de dos ancianas, tesoro único que González dejó en el mundo, y del cual la ley natural en sus secretos designios ha determinado que seamos nosotros los herederos encargados de su conservación.

«Hacia Dios por la caridad y la ciencia.»

La solidaridad enlaza los continentes.

El centro Espiritista, —*La Esperanza*,— de esta localidad, entregará los donativos, y publicará el estado de los mismos en *El Criterio Espiritista*, de Madrid.

Andújar, 6 de Marzo de 1888.— Por el Presidente, *Miguel Requero*.—El Secretario, *Bernardo Centeno*.

ANUNCIOS

EL COSMOPOLITA ILUSTRADO

PUBLICACIÓN HEBDOMADARIA

CIENTÍFICA, LITERARIA, ARTÍSTICA É INDUSTRIAL

SANTA CRUZ DE LA SIERRA

BOLIVIA

Sale todos los sábados, *acompañando siempre*, á cada número, uno ó dos grabados, según lo exijan las circunstancias, reproduciendo las ciudades, monumentos, paseos públicos, sitios pintorescos, y todo lo que de más notable haya en Bolivia y el extranjero.—Publicará retratos de hombres célebres é ilustres que llamen la atención en el exterior, y de todos los que hayan figurado ó figuren en Bolivia.—Dará grabados de costumbres, de tipos humanos, y, finalmente, de todos los animales raros y plantas útiles ó peligrosas que constituyen la Fauna y Flora bolivianas.—Lectura variada, interesante, amena é instructiva.

TARIFA DE SUSCRICIONES

PAGO ADELANTADO

Por seis números.	1 B. ^o
Números sueltos.	20 Cts.

Se publican Remitidos y Avisos á precios convencionales.

Establecimiento tipográfico-editorial de DANIEL CORTEZO Y C.^a (Calle Pallars-Salón de S. Juan)

Ayuntamiento de Madrid